

La nueva democracia: ¿Farsa o incapacidad?

¿Crisis regional o derrota de las fracciones dominantes?

Desde muchos ángulos del análisis se puede coincidir en que nuestra región asiste a la situación más crítica desde su Independencia.

Naturalmente que para tener esta visión hay que asumir el problema en términos de la totalidad de la historia de la construcción de una sociedad nacional, de un Estado, una cultura, etcétera, independientes y autónomas. De alguna forma se han revertido los procesos y pareciera que desde hace más de 15 años, lo que se quiere lograr es la destrucción y desvirtuación de lo alcanzado en aquellos aspectos.

A pesar de las transformaciones y alteraciones habidas en la composición de los intereses predominantes al interior de las relaciones burguesas, y las diferencias que se puedan advertir en cuanto a los estilos políticos —distinción necesaria en una mayor precisión táctica—, de hecho la responsabilidad en cuanto a la incorporación de una ideología de desmantelamiento del Estado-nación latinoamericano (en toda su acepción extensiva), es una responsabilidad colectiva del bloque dominante. El cual, en su composición en cuanto a constantes estructurales, no ha sido alterado significativamente. Al referirnos a esta destrucción, lo

hacemos extensivamente a sus aspectos internos y externos; a las relaciones socio-políticas en el marco de una legitimidad hegemónica que permite canales democráticos entre Estado y sociedad civil y al ejercicio de la autonomía y soberanía externas.

El mundo capitalista ha colocado en situación de contradicción las existencias y necesidades de la sociedad nacional con las aparentes ventajas que operan en la economía internacional. La opción ha sido clara, en cuanto resulta más eficiente para las dinámicas de acumulación capitalista privilegiar la vinculación con una transnacional, que el rescate de la soberanía negociadora de un Estado. La burguesía se ha adecuado a las reglas del juego capitalista transnacional poniendo en crisis sus propias alianzas internas que le permitieron generar un bloque de poder.

Cada vez es más clara su incapacidad para diseñar un proyecto de recuperación económica o de solución frente a la crisis. Definitivamente los sectores propietarios carecen de proyectos institucionales y de gestión económica.

Además, algo es constante en términos absolutos: el temor a lo popular en sentido genérico, como estilo cultural, como asunción cotidiana y fundamentalmente como alternativa de poder.

La situación económica de la región constituye la demostración más cabal de la incapacidad gobernante y de la falta de proyecto de

Eduardo Ruiz Contardo

las clases propietarias latinoamericanas. Sin embargo, siguen dominando.

La democracia latinoamericana: ¿una alternativa?

Ya hay suficiente historia y experiencia para enjuiciar, aunque sea someramente, la realidad democrática de nuestra región.

Nos situamos en esta coyuntura, por lo que no pretendemos reflexionar a partir de toda nuestra historia democrática sino, y como se indica, asumirla como alternativa de proyecto nacional y regional frente a la situación actual. Reflexionamos en general, es decir, para los casos de recuperación democrática así como aquéllos que en su formalidad institucional se han logrado mantener en estos últimos 20 años. De alguna forma y genéricamente, constituyen ahora globalmente una suerte de síntesis de lo que en la materia es posible advertir en Latinoamérica, dado que, indudablemente los anteriores y los recientes se influyen recíprocamente, en el contexto de una situación crítica regional, la que con mayor o menor incidencia los involucra ampliamente.

En el último tiempo, y por la presencia de casos extremos, se ubica difusamente la democracia como la alternativa "liberadora" frente a la época de autoritarismo militar que comienza en el 64 en Brasil y que más acentuadamente se da a partir de los 70'. Con todo

lo que implica esta visión, y luego de significativos "progresos democráticos", el problema militar sin embargo se encuentra intocado, tanto en cuanto a la necesidad de su democratización como en cuanto factor de poder. Más todavía, sucesos recientes indican la voluntad de que no se alteren ni ideológica ni orgánicamente.

Por otra parte se mantienen presentes ciertas valoraciones que han constituido un elemento constante desde los 60' en adelante, ya sea con gobiernos autoritarios o democráticos; esto es, la modernización capitalista. Al igual que la democracia, la modernización constituye otro espejismo que se vende pretensiosamente. Es posible que ahora tengamos un per cápita mayor de transistores, pero con mayor hambre y cesantía que antes de que operara la táctica de los espejismos.

Sin duda que el problema de la democracia nos coloca frente a una cuestión que requiere un tratamiento profundo y específico, cual es el tipo y contenido de democracia que postulamos. De cualquier forma, y pensando en un continuum que va desde las formas más restringidas de la democracia burguesa hasta la democracia socialista más auténtica, nos encontramos a lo menos con dos elementos básicos a definir:

a) la existencia, sentido y funciones sociales y privadas de la propiedad, en cuanto dimensión valórica y en términos concretos, es decir, por el carácter y utilización del excedente acumulado; y b) la participación popular que entendemos está muy ligada al punto anterior, pero cuyas características en cuanto a procesos de generación y culminación de los mecanismos de decisiones, definen a las democracias por sí mismas.

En la terminología actual, propia del debate latinoamericano, surgen y se contraponen diferentes

alternativas, en general sin explicación de sus contenidos reales, particularmente respecto a los dos elementos fundamentales a que hacíamos referencia. Esto, sin perjuicio de sostenerse un valor básico del capitalismo que se expresa en una asociación que conviene a los sectores minoritarios y poderosos y que en los mayoritarios y pobres por lo menos deja una expectativa: que la existencia de la propiedad privada es atributo de la libertad.

Con variaciones de no mayor importancia, nos encontramos con tres intenciones fundamentales de manejo, que implican concepciones diferentes adecuadas a los intereses predominantes y a las condiciones reales (que generan diferencias tácticas), a saber:

a) la llamada democracia restringida y curiosamente por otros llamada "governable"; sería aquella que se asienta en una sociedad totalmente escindida en cuanto a la participación institucional y naturalmente en cuanto a la distribución de los beneficios de la acumulación capitalista. Es decir, un sector mayoritario desplazado y super explotado y uno minoritario depositario de los beneficios de la participación y la riqueza. En otras palabras, la institucionalización de la marginalización;

b) democracia política, con elecciones, división de los tres poderes, multipartidismo, en algunos casos con un 4° poder que sería la capacidad de veto de los militares como "jueces supremos"; y

c) La democracia popular con ejercicio real del poder del pueblo, con transformación de las Fuerzas Armadas, recuperación de la riqueza en beneficio de las masas, etcétera. Lo que no necesariamente debe constituir el socialismo, como en Nicaragua, o sí hacerse

efectivo como en Cuba. En estos casos sí se hace la explicitación del sentido de la propiedad y de las formas de la participación de las masas.

De hecho, en la segunda alternativa se encuentran las experiencias de reconstrucción democrática en América del Sur. En ellas no podemos encontrar más allá de ciertas libertades, otros elementos más alentadores. Claro está que se establece una gran diferencia entre el hambre con libertad y el hambre con coacción. Este es un problema que no resulta baladí al tenor de muchos escritos e intentos de justificación de las incapacidades de las democracias latinoamericanas. En otras palabras, se está construyendo toda una ideología "democratista" en términos de que ella es lo máximo conseguible, y por consiguiente, no conformarse con eso sería "esquizofrenia política"; lo cual supondría compartir un alto grado de conformismo democrático cualesquiera sean las condiciones de vida de los pueblos.

El cuadro a observar no presenta diferencias sustanciales en la política económica y en la satisfacción de las necesidades populares. La lógica especulativa que con tanta dureza se incorporó en Latinoamérica, al parecer logró enraizarse definitivamente en las fracciones dominantes. El Estado sigue concebido como un estorbo por las dimensiones de su gasto y porque puede alentar ideas intervencionistas. Las Fuerzas Armadas se mantienen incólumes y constituyen un tema del pasado. Las Universidades que cumplieron un papel preponderante en la formación de una cultura democrática todavía están casi en el nivel de destrucción dejado por los regímenes militares. En suma, los intereses privados conservan la condición de excluyentes, tal como se instauraron por los militares; por consiguiente,

las democracias que no han optado por otro modelo económico-social no logran hacerlos aparecer como de interés nacional, generando un germen de crisis hegemónica fundamental. Así, las mediaciones históricas operadas al efecto, como la idea de "pueblo", de "nación" y de "ciudadanía", cada vez son menos eficaces.

Es así entonces que en materia económica no hay novedad y de hecho se mantiene el modelo económico que dio origen a las tiranías, agregándole mayor depresión y persistencia en la subutilización de los recursos naturales. Se acentúan las dependencias neocolonialistas y los sometimientos a las reglas imperiales respecto de la deuda externa; y seguimos insertos en una suerte de división internacional del trabajo. Por otra parte, se intenta la recomposición de un cuadro político tradicional como manera de recuperar un bloque de poder que los sistemas castrenses pusieron en crisis, teniendo naturalmente a las Fuerzas Armadas en su viejo papel de "garante del orden". Se intenta cooptar a los sectores medios otorgándoles espacios de recuperación de sus funciones mediadoras en el marco de la búsqueda de soluciones de compromiso. Sin embargo, y es necesario decirlo, la mayor libertad ha permitido la reactivación de los movimientos sociales espontáneos, pero en un ambiente de reflujo ideológico que lesiona particularmente las audiencias de las posiciones de las izquierdas.

De alguna manera, lo que está planteado como fundamento de la visión regresiva es la falta de renovación del proyecto burgués y sobre todo, su falta de autonomía frente al interés imperial. En otras palabras, sigue tan incapaz como antes para resolver el problema del subdesarrollo capitalista.

La dictadura es un proyecto burgués y la reconstrucción demo-

crática conquistada por los pueblos es administrada como proyecto burgués. En esencia, entonces, dictadura y democracia no resultan términos absolutamente antitéticos como se los pretende mostrar, sino más bien métodos alternativos para la realización de los mismos intereses.

Al respecto, conviene recordar someramente los elementos distinguibles en el derrumbamiento del proyecto de desarrollo populista: por una parte, el agotamiento del modelo económico, con la detención del impulso a la industrialización surgido en la segunda posguerra; y por otra, el gran desarrollo del movimiento popular en proceso de disputa por el poder. Parecería que las dictaduras habrían dado por cumplida su función de contención y liquidación del avance popular, de tal forma que se puede seguir manejando la reproducción capitalista en América Latina a pesar de subsistir el agotamiento del sistema; éste si bien muestra algunos rasgos de modernismo, es cada vez más elitista e inapropiado a la mayor proporción de nuestros pueblos.

Como antes, "el centro" no asume las contradicciones reales y no cambia su estilo pusilánime; sólo tiene imaginación para justificar y buscar sus alianzas defensivas; sigue careciendo de capacidad propositiva en términos de la formulación de proyectos para el futuro de la región; su propensión aliancista sigue siendo: la derecha contra los eventuales proyectos populares y tácitamente del proyecto socialista.

Resulta necesario preguntarse cuáles son sus intenciones reales y en qué elementos tienden a apoyarse. Luego de las experiencias históricas parecería demasiado arcaico pensar en alguna fórmula populista; igualmente es difícil la alternativa autoritaria, a lo menos por un tiempo. Sin embargo, aun

cuando no se definen en esos términos por lo agotado de esas experiencias, se usan aquellos dos momentos como elementos en juego en la actual reconstrucción democrática. Es evidente que los ingredientes económicos del populismo tradicional, como la posibilidad de expandir el gasto, la existencia de un excedente para redistribución y un cierto crecimiento de la tasa de ganancia, son parte de una historia antigua. Y podemos agregarles hoy un factor inédito: el peso de la deuda externa.

Pero en un continente empobrecido y con más de un tercio de su población en condiciones de extrema pobreza, siempre habrá mecanismos económicos de extensión social en busca de cooptaciones y alianzas que den origen a una suerte de neo populismo. En este momento, las escasas oportunidades de trabajo juegan el papel de un precioso bien.

El otro elemento que implica un mecanismo de presión es la explotación al temor autoritario, que es importante para la pequeña burguesía y los sectores populares. No es un bien económico propiamente tal pero es imprescindible para cualquier condición de vida, sin perjuicio que para importantes fracciones la declinación de la vigilancia les permite el juego de lo que se ha dado en llamar la "economía informal".

Ocurre entonces que entre las posibles expectativas de trabajo y la seguridad de ciertas libertades, se encuentran "los bienes" distribuíbles en una masa cansada y ajena. En el fondo, es la metodología y la lógica de una manipulación a partir de ciertos bienes sociales escasos: libertad y trabajo.

Las explicaciones y expresiones de estas políticas son mucho más sofisticadas que lo expresado aquí e implican un soslayado debate con las posiciones revolucionarias. Un primer objetivo que se persigue,

esencial para la consecución de aquellos objetivos, es la disminución y dilución de la autonomía moral e intelectual de los sectores populares y de sus organizaciones, como forma de impedir la recuperación de sus procesos de automatización política. Se les niega autonomía cultural y política y se les confirma la necesidad de una conducción ajena a su clase.

A esta altura del debate surgen preguntas claves, luego de constatar:

- que las democracias latinoamericanas, como experiencias recurrentes o de mayor permanencia y estabilidad, y los casos de las reconstrucciones que ahora experimentamos, no ha constituido un sistema eficaz para la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías nacionales;
- que la actual experiencia, desde el punto de vista político, más bien supone la intención de reorganizar las relaciones de intereses y participación de las fracciones que componen el bloque dominante;
- que dentro de contextos contradictorios y en varios casos con perspectivas de mayor polarización, las democracias pretenden resolverlos con proyectos "centristas" y de compromiso, y por consiguiente con un claro perfil "provisional";
- que en dictadura y en democracia las búsquedas están marcadas por el interés imperialista y sus necesidades de reproducción.
- que el capitalismo, en menos de 20 años ha logrado intronizar en la mentalidad burguesa y pequeño-burguesa una ideología individualista de claro sesgo tecnocrático-mercantilista.

Resulta consecuente, entonces, preguntarse si el capitalismo con las características objetivas que tiene y puede tener, como predicción rigurosa, puede ser base de una democracia política amplia en la participación social y económica. En otras palabras ¿es posible un proyecto de capitalismo modernizado con un sistema político que garantice la ampliación de la participación social?

Por lo pronto, al menos las nuevas experiencias democráticas permiten que las manifestaciones reprimidas y contenidas por largo tiempo de los conflictos subyacentes, se liberen. No son nuevos conflictos, son las expresiones de contradicciones históricas no resueltas.

LA INVOLUCION "RENOVADORA" EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, nos muestran disquisiciones y polémicas en la búsqueda y explicación de los elementos fundamentales que juegan en esa nueva sociedad de masas que se ha generado a partir de varias décadas de industrialización moderna. Se analizaban entonces, desde las relaciones micro-sociales hasta los niveles más globales, las clases, los conflictos, las relaciones de poder y el Estado. Se buscaban construcciones teóricas que explicaran las leyes fundamentales de la historia. En suma, se pretendía generar y darle contenido a una ciencia que fuera eficaz para desentrañar las incógnitas de este nuevo contexto social con el que se iniciaba el siglo XX.

Luego de casi un siglo de incorporación de América Latina a un capitalismo europeo y yanqui, y ya en los umbrales del siglo XXI, sin embargo nada de predictivo podemos ofrecer, ni siquiera en términos de explicaciones unívocas de

los fenómenos revolucionarios de nuestra región. En cambio, fuertes contingentes de nuestras ciencias sociales reaccionan temerosamente frente a lo riesgoso de los conflictos, buscando su salvación y eludiendo pronunciamientos sobre los necesarios futuros más igualitarios.

Hace un siglo atrás había, a lo menos, un denominador común: hacer ciencia y derrotar el oscurantismo teológico residual de la época.

En una somera visión de las últimas décadas, es fácil constatar en una buena proporción, una peligrosa aunque explicable involución de nuestras ciencias sociales. Se produce un alejamiento brusco y tajante de las líneas de interés de las expectativas populares. Fue aquella fuente la que nutrió sus temáticas y preocupaciones y le permitió creatividad y lucidez original. Ahora no sólo abandonan esas líneas de interés sino que llegan hasta a negar a esas fuerzas su existencia, su creatividad y futuro.

Una fuerte corriente que se otorga la condición de "renovadora" ha endilgado, desde diferentes ángulos, proporciones que en general implican una complicidad con una adecuación corporativa a las condiciones más seguras en el sistema de conflictos apreciables. Niegan el carácter de agente al movimiento popular y al no tener esa condición de, a lo menos, "sujeto histórico", hace que las relaciones sociales y políticas de una democracia burguesa sean suficientes para la realización de sus intereses. Es decir, para la realización de una experiencia del pasado.

Explican, también, que la realidad social latinoamericana genera condiciones favorables al militarismo, pero que éste no se precipita sino cuando dentro de las Fuerzas Armadas han surgido incentivos golpistas. Estos no serían de la esencia de esos conglomerados, si-

no sólo reacciones ante estímulos sociales. Así, el anticomunismo no tendría por qué ser antidemocrático y en consecuencia, no habría que afectar a las Fuerzas Armadas, sólo evitar las causas del golpismo.

Así, mayoritariamente se han transformado en una suerte de ciencia oficial. Han contribuído a convertir el problema militar en una cuestión tabú; han justificado el retroceso histórico deliberado al erigir las fórmulas institucionales aparecidas en los años 30' como la alternativa del presente y del futuro; han contribuído a hacer de una difusa democracia un instrumento hegemónico, al darle un sentido finalista como conquista histórica. Y sobre todo, ha contribuido a elaborar un sofisticado andamiaje intelectual para ejercer la política chantajista del terror frente al autoritarismo y en favor de la democracia formal.

De alguna manera, el "inconciente ideológico" de estos intelectuales son los valores de la nueva pequeña burguesía, que denota un alto sentido corporativo de defensa y subsistencia. Hasta pretenden lindar, a falta de pan, con las funciones de una nueva clase política. Se caracterizan por su terror a la violencia y pretenden sustentar la lógica de la razón intelectual. Son los intelectuales orgánicos del "compromiso" y se mueven careciendo de confianza en el pueblo, pero a la vez temerosos de él porque en un régimen popular tendrían mucho que perder.

De hecho, la ciencia social "renovadora" coincide con el interés burgués, participando de sus mismos temores, pero además cuenta con sus mismas debilidades e inconsistencias.

La verdad es que mucho más audacia, generosidad e imaginación tuvieron los clásicos de la sociología, de cualquier vertiente ideológico-teórica de que provinieran.

Con todo los pueblos avanzan

Paulatinamente se van acrecentando las diferencias que este capitalismo ha generado en las sociedades latinoamericanas; los cortes de clase van adquiriendo, con respecto a los estratos más bajos, abismantes, desproporciones generando un mundo popular cada vez más específico y particular.

En su interior se dan formas de organización diferenciales, en la familia, en las articulaciones de subsistencia económica, en las estructuras jerárquicas, en sus formas de relacionarse con la institucionalidad formal, y ya en muchas partes, en sus organizaciones de resistencia y defensa frente a la agresividad del sistema. Naturalmente que todo tiene un contenido esencialmente corporativo y tiene que ver con un problema de supervivencia en condiciones de mayor desamparo y sujetos, más que nada, a su propia capacidad e imaginación.

El conglomerado explotado presenta una acentuación de su característica histórica en cuanto a un mayor fraccionamiento. Esto y una suerte de escepticismo político, dificultan la generación de una convocatoria común, lo que opera para las intenciones de la burguesía pero también desde el punto de vista de una intención de izquierda. Más todavía, si se hace en forma esquemática y con un lenguaje abstracto y maximalista.

Sin embargo, hay ciertos elementos que resultan imprescindibles de asumir, en esta historia propia de las masas populares. Su condición marginal y la búsqueda de sus propias herramientas de subsistencia van produciendo una auto-identificación diferencial, como masa más que como clase, que los coloca en una dinámica y en la condición de agentes de su propio devenir.

Entendemos que esto no es dable asumir conforme a la categoría

política de autonomía de clase, pero es un germen positivo si se valora en el largo proceso de asunción de una conciencia.

La elevación a un estadio superior depende de la posibilidad de irradiar esa condición mediante un proyecto contrahegemónico integral que incorpore esa realidad corporativa —pero derivada de una situación nacional— en una visión totalizadora como voluntad nacional popular emergida de las necesidades reales del pueblo. No será naturalmente un proyecto burgués; la experiencia indica que ello es de la esencia de un proyecto liberador, que está por formularse.

Uno de los temas cruciales en la política latinoamericana actual y que tiene algún tratamiento en las ciencias sociales (pero con gran contaminación valórica, como lo tratan los partidos reformistas), es la violencia en las relaciones sociales en general y particularmente en las políticas.

La aplicación de la violencia en las relaciones políticas, más allá de su natural uso eventual, constituye una constante de especial agudización en los últimos 15 años, entendiéndose que se trata de la violencia ejercida y ordenada por los grupos dominantes. Violencia que va desde la micro realidad local de la provincia latinoamericana hasta el terrorismo de Estado.

Lo realmente novedoso es la asunción de la violencia, inicialmente defensiva, por las masas populares, avanzando paulatinamente en términos de ir constituyendo en varios países una fuerza; es decir, logrando niveles de organización social de las conductas que componen la violencia. Es un aprendizaje surgido de la propia experiencia, que en algunos casos lleva más de una generación.

La situación de los sectores populares los lleva a una dinámica en que las expectativas sociales adquieren una composición difusa,

por la integración social y por los aspectos de las reivindicaciones; se tiende a originar un pluralismo movimientista.

Se requiere, por consiguiente, una mayor flexibilidad para asumir la real génesis orgánica del movimiento popular, con sus naturales retrasos, para ir incorporándole sentido de clase como resultado de sus luchas y no como pretensión avanzada, pero externa.

Paulatinamente se van integrando los diferentes planos de esta lucha de masas: la lucha por sus libertades como lucha democrática; la defensa de sus intereses como lucha económica, es antimperialista, la lucha por su autonomía es lucha liberadora y de recuperación de lo nacional.

La contrarrevolución brutalmente operada en los últimos 20 años, ha producido debilitamientos y dispersión en las concepciones de lucha y en la capacidad de absorber las complejas realidades actuales. Hay una notoria incapacidad analítica, una falta de claridad en los enunciados y especialmente, ausencia de una capacidad de convocatoria global. Buena parte de las ciencias sociales latinoamericanas han contribuido a esta dispersión al abandonar como eje de sus preocupaciones analíticas el sentir y las necesidades populares.

Todavía los deterioros impiden superaciones necesarias, como la dicotomía insuficiente entre "ortodoxia" y "reformismo", lo que lleva a asumir la realidad en términos de falsas alternativas.

En este sentido, en muchos casos se hacen aparecer como antagónicas la idea de masa con la idea de clase; la idea de movimiento o de frente con la idea de Partido; la idea de lucha de clases con la idea de lucha hegemónica. A veces esto resulta paradójico, cuando —salvo en casos muy especiales— no advertimos una consecuencia objetiva entre partido y clase; el partido,

más que una postulación de poder y por lo tanto referido a un contexto global, constituye un esquema de auto-reproducción valórico de pequeño grupo.

Se precisa claridad respecto de lo que significa la democracia y la situación de crisis del capitalismo: todavía no estamos frente a una crisis del sistema, aun cuando éste es incapaz de enfrentar sus propias contradicciones; y la democracia formal no es una conquista final, como mucho se pretende hacer creer, sino un nuevo espacio de realización de una lucha de clases que pasa por una apreciación adecuada del carácter y contenido de los movimientos populares.

"SE HACE CAMINO AL ANDAR"

La democracia, aun cuando no ha representado un proyecto de recuperación de la sociedad civil en su totalidad, ha permitido al pueblo recrear a su manera una sociedad civil fragmentaria por obligación, pero que incluye todas las formas de su accionar social.

Hay sin duda un mayor rasgo de autonomía como característica de un pueblo nuevo que ha absorbido las realidades de Cuba y Nicaragua; sus luchas adquieren más un carácter antiburgués y entiende que sus problemas se resuelven en una lucha por el poder. Incluso, cuando se pretende comprometer el futuro con el precario presente, desvirtuando el proyecto socialista en la región y cuando la izquierda todavía no recupera la fuerza ideológica de su proyecto.

Se argumenta que hay modificaciones en la estructura social y cambios en las expectativas de las diferentes fracciones; todo puede ser cierto, así como ha bajado el porcentaje de la población activa empleada, etc. Pero eso no tiene por qué hacer suponer la modificación de las características constantes de la explotación, y por ende,

de las tendencias estructurales básicas. Hay que darse el trabajo de distinguir las alteraciones coyunturales de las estructuras permanentes de un sistema.

El terror se utiliza como arma de inhibición de los movimientos populares, pero es indiscutible que opera más bien al interior de la burguesía y en su contra, en la medida en que la lucha de clases en América Latina adquiere —en mayores áreas— el carácter de enfrentamiento y los pueblos cada vez temen menos a la violencia.

La lucha de clases en la región expresa un mayor sentido antimperialista, sobre todo por la acentuación de los rasgos de la dependencia que han hecho perder los escasos espacios de autonomía de nuestros Estados. Las relaciones de dominación internas, en consecuencia, responden cada vez más al complejo de factores internos y externos; cada ejercicio nacional de dominación burguesa depende en buena medida de condicionantes propias de sus relaciones con el imperialismo.

La esperanza de un acontecimiento conformista tendrá que perderse definitivamente, la reconquista democrática es un ejemplo en la medida en que ha sido una conquista popular.

Los pueblos siguen en la búsqueda de sus propios derroteros y el socialismo constituye la mediación definitiva para la conquista de la verdadera democracia e independencia, teniendo como eje de su construcción, la revalorización de lo nacional. Sin duda que es una tarea de especial dificultad el lograr las conducciones y soluciones orgánicas al proceso a partir de la realidad del movimiento popular en cuanto a sus verdaderas articulaciones y, sobre todo, buscando la construcción en apertura generosa que supere uno de los grandes males de la izquierda, su sectarismo.